

Apocalipsis, 19, 1-21

¹ Después de esto, oí algo como la voz potente de una inmensa muchedumbre que cantaba:

- ¡Aleluya! La salvación, la gloria y el poder pertenecen a nuestro Dios,

² que juzga con verdad y con justicia.

El ha condenado a la gran prostituta, la que corrompía la tierra con sus prostituciones, y ha vengado en ella la sangre de sus siervos.

³ Y por segunda vez cantaban: - ¡Aleluya! El humo de su incendio sigue subiendo por los siglos de los siglos.

⁴ Cayeron entonces rostro a tierra los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes y adoraron a Dios que está sentado en el trono, diciendo: - ¡Amén! ¡Aleluya!

⁵ Y salió del trono una voz que decía:

- Alabad a nuestro Dios, todos cuantos le servís y veneráis, humildes y poderosos.

⁶ Oí luego algo así como la voz de una inmensa muchedumbre, como la voz de aguas caudalosas, como la voz de truenos potentes. Y decían:

- ¡Aleluya! El Señor Dios nuestro, el todopoderoso, ha comenzado a reinar.

⁷ Alegrémonos, regocijémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero.

Está engalanada la esposa,

⁸ vestida de lino puro, brillante.

El lino que representa las buenas acciones de los fieles.

⁹ Entonces, alguien me dijo: - Escribe: "Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero."

Y añadió: - "Palabras verdaderas de Dios son éstas."

¹⁰ Yo caí a sus pies para adorarlo, pero él me dijo: -

"No hagas eso, que yo soy un simple servidor de Dios como tú y tus hermanos, esos que se mantienen como fieles testigos de Jesús. Sólo a Dios debes adorar. Y es que dar testimonio de Jesús y tener espíritu profético es lo mismo"

¹¹ Ví luego el cielo abierto y apareció un caballo blanco. Su jinete, llamado el Fidedigno y el Veraz, juzga y combate con justicia. ¹² Sus ojos son como llamas de fuego y múltiples diademas adornan su cabeza. Lleva escrito un nombre que sólo él sabe descifrar. ¹³ Va envuelto en un manto empapado en sangre y su nombre es Palabra de Dios. ¹⁴ Los ejércitos del cielo, con sus jinetes vestidos de lino blanco purísimo, galopan tras sus huellas sobre blancos caballos. ¹⁵ De su boca sale una espada afilada para herir con ella a las naciones a las que va a gobernar con vara de hierro. El es quien pisa el lagar donde destila el vino de la ardiente ira del Dios todopoderoso. ¹⁶ Y sobre su manto y su muslo lleva escrito este nombre: **Rey de reyes y Señor de señores.**

¹⁷ Vi también un ángel que, de pie sobre el sol, gritaba con voz potente a todas las aves que volaban por lo más alto del cielo: -

"¡Venid, acudid al gran banquete preparado por Dios! ¹⁸ Comeréis carne de reyes, de generales y de valientes guerreros; carne de caballos y de sus jinetes; carne de toda clase de hombres: libres y esclavos, humildes y poderosos.

¹⁹ Y vi entonces cómo la bestia y los reyes de la tierra reunían sus ejércitos para hacer la guerra al que montaba sobre el caballo y a su ejército. ²⁰ Pero la bestia fue apresada y con ella el falso profeta, el que, a fuerza de prodigios realizados a favor de la bestia, sedujo a cuantos se dejaron grabar la marca de la bestia y adoraron su estatua. Los dos fueron arrojados vivos al estanque ardiente de fuego y azufre. ²¹ Los demás fueron exterminados por la espada del que montaba a caballo –la espada que salía de su boca– y todas las aves se hartaron de sus carnes.

CUANDO LEAS

- (19,1) “*Después de estas cosas*”: de esta forma aséptica, quedan interrumpidas las lamentaciones que cerraban el capítulo 18, para escribir sencillamente “*oí algo como la voz potente una inmensa muchedumbre que cantaba*”, dando paso al texto del himno. Esta liturgia celestial se desarrolla en dos tiempos: (1-4) y (5-8) y está relacionada con otras precedentes (4,8-11; 5,8-14; 7,10-12; 11,15-18; 12,10-12); todas ellas celebran el triunfo de Dios sobre sus enemigos. Estos cánticos sirven de transición, en distintos momentos del libro, entre las visiones tenebrosas y las visiones llenas de luz. Y es probable que sean un eco de oraciones cristianas primitivas.

- El himno empieza y concluye con la solemne exclamación litúrgica hebrea *aleluya*, que significa: “*Alabad a Jahvé*”. Este es el único sitio en el NT en que aparece esta palabra proveniente del AT, de los llamados salmos aleluyales; también aparece en el libro de Tobías. Su “sonoridad” le valió llegar a ser la máxima expresión de alegría y triunfo, con la que se atribuye a Dios todo éxito y toda victoria. Pronto los primeros cristianos acostumbraron a intercalarla en sus cantos y oraciones. Por eso Juan no la traduce, la supone sobradamente conocida.

- Dos son los cantos de la gran coral (19,1-8). El primero mira hacia atrás, al juicio de Dios y es de acción de gracias por el castigo de la Babilonia simbólica (1-4). La postración de los veinticuatro ancianos y los cuatro vivientes ante Dios que está en el trono, aprobando con *amén* el canto del coro culmina el solemne momento. La segunda acción litúrgica mira hacia adelante, a las próximas bodas del Cordero (6-8). Los esponsales eran un lugar común profético para representar la unión de Dios con su pueblo. Hay que notar el carácter plural y extensivo del anuncio: “*alegrémonos, regocijémonos y démosle gloria porque han llegado las bodas del Cordero*”. Estas bodas tienen un alcance colectivo, de ahí las palabras del ángel: “*Escribe: dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero*” reforzando los plurales anteriores y para señalar su valor, el ángel añade: “*Son palabras verdaderas de Dios*”, palabras auténticas, por tanto “objeto de fe, principio de esperanza” y que admiran a Juan que hace gesto de arrodillarse ante el ángel que, rechazándolo, subraya: “*sólo a Dios has de adorar*”. Tanto el ángel como Juan, como los demás profetas, son siervos de Dios, compañeros de servicio. Sólo Dios tiene derecho a la adoración.

- (19,11-21). “*Esperábamos bodas y nos encontramos con una escena de guerra*”, el combate decisivo, la victoria de Dios sobre el mal. En esta densa narración, que recuerda numerosas palabras proféticas, el relato muestra a Cristo, como juez y vencedor, y reseña un combate en cuyo triunfo Cristo vencedor se ve acompañado por la presencia de los fieles. El campo de batalla es grandioso: “*ví luego el cielo abierto*” en el que aparece Cristo adornado con multitud de símbolos que insisten en su carácter beligerante y divino, que porta un título que sólo a Dios se tributa: Rey de reyes y Señor de señores.

- El combate no es relatado, sino que se inmediatamente por concluido con un veredicto de victoria. En un banquete donde se dan a comer las mismas carnes de los vencidos se consuma la derrota de los aliados. Las dos bestias, engendros y representantes del gran dragón, arrojadas al gran estanque consumándose así su aniquilación.

CUANDO MEDITES

- En el primer paso, la lectura-escucha, el alimento de la Palabra llega a nuestra inteligencia. Ahora, por la meditación, el alimento se desmenuza, se intenta desentrañar su contenido profundo. Es decir, ¿qué me dice a mí el texto? Por una parte, me percibo leído por la Palabra. Por otra, puedo encontrar orientaciones para la vida, alimenta mi fe, esperanza y amor, debe orientar mi caminar cristiano.

CUANDO ORES

- Dirígete directamente a Aquel cuya Palabra has escuchado y acogido en tu corazón. Deja que se despierte tu espíritu orante a través de la súplica, la alabanza, la intercesión.

- Abrete a la realidad eclesial, a la vida del mundo que te rodea: sus anhelos son también tuyos. Pero sobre todo, haz silencio en tu corazón para poder escuchar al Espíritu

- Al final podemos rezar juntos el gran canto de alegría de los salvados. Como no cabe en esta hoja podemos hacerlo leyendo las palabras en **negrita** del texto del Apocalipsis.